



Tiempo de la Creación 2026 Presentación del tema y símbolo



Agua Viva

Tiempo de la Creación 2026

INMERSIÓN EN EL AGUA VIVA

Ezequiel 47:9, 12

1. Texto, tema y símbolo

«En todas las riberas del río habitarán multitudes de criaturas vivientes. Habrá gran cantidad de peces, porque estas aguas fluyen allí y hacen dulce el agua salada; así que donde fluye el río, todo vivirá. [...] Árboles frutales de todo tipo crecerán a ambas orillas del río. Sus hojas no se marchitarán, ni sus frutos fallarán. Cada mes darán fruto, porque el agua del santuario fluye hacia ellos. Sus frutos servirán de alimento y sus hojas para la curación» (Ezequiel 47:9,12).

El **tema** de este año, «Agua Viva», explora Ezequiel 47:9 y 12 como una poderosa visión bíblica de esperanza y sanación ecológica. En medio del exilio y la pérdida, la imagen del agua viva que fluye del santuario de Dios revela la sanación divina que renueva la tierra, el agua, la biodiversidad y la responsabilidad humana hacia toda la creación.

El **símbolo** representa el agua que fluye del Templo de Dios: al principio es un pequeño arroyo que se hace cada vez más profundo y, al hacerlo, da vida a zonas muertas y restaura la fertilidad de ecosistemas dañados o estériles. A través del agua viva llega la sanación, pero para recibir nueva vida también nosotros debemos entrar en el agua y formar parte del río de la vida de Dios, participando en la sanación de la creación.

2. Contexto histórico de Ezequiel 47:9,12

El contexto de este texto es una catástrofe política, social, teológica y nacional. Jerusalén ha sido destruida por los ejércitos de Babilonia. El Templo de Salomón ha sido arrasado.



Muchos del pueblo de Israel han sido llevados al exilio en Babilonia, lejos de su patria. Junto a los ríos de Babilonia lloran y se lamentan (cf. Sal 137).

El Libro de Ezequiel se desarrolla durante el exilio babilónico (Ezequiel 1:1), tras la caída de Jerusalén a principios del siglo VI a. C. Ezequiel, un sacerdote, se encuentra entre los exiliados y recibe el encargo de Dios de ser profeta (Ezequiel 3; 33:1-9).

Su mensaje se centra inicialmente en el juicio de Dios contra la idolatría y la injusticia de Israel, interpretando la caída de Jerusalén y la destrucción del Templo como un juicio divino llevado a cabo a través de los ejércitos babilónicos (Ezequiel 7-10; 21). Sin embargo, el mensaje de Ezequiel no termina en el juicio: Dios no ha abandonado a su pueblo. Ezequiel proclama que la soberanía de Dios no se limita al Templo, que Dios permanece presente con los exiliados y que se promete la restauración. Es significativo que el Templo sea el centro de la visión de renovación de Ezequiel (Ez 40-47). Aunque había sido profanado y destruido, ahora se transforma en un símbolo de bendición, sanación y presencia de Dios en toda la creación. El maravilloso río descrito en Ezequiel 47 encarna esta futura renovación: cuando el Señor vuelva a habitar entre su pueblo, la tierra misma será restaurada.

3. Resumen teológico: Ezequiel 47:1-12

Ezequiel ha estado describiendo la construcción de un nuevo templo en el desierto desde el capítulo 40 hasta el capítulo 46. Este nuevo templo es impresionante, pero está vacío y sin vida. Solo en el capítulo 47 aparece finalmente la vida.

En este pasaje, el profeta es llevado en una visión a la entrada de un templo futuro e idealizado. Por debajo de su umbral fluye agua que comienza como un hilo y se convierte en un río cada vez más profundo, demasiado profundo para cruzarlo. Este río atraviesa tierras que antes eran áridas, transformando los desiertos en deltas fértiles, restaurando los peces, la vegetación e incluso sanando las aguas saladas del mar Muerto. El verbo hebreo *šûb* («volver») puede imaginarse espacialmente como un punto de inflexión, comparable a un lugar a lo largo del río Jordán donde los peces podían dar la vuelta antes de ser arrastrados a las aguas sin vida del mar Muerto. Esta noción también tiene un profundo significado teológico de conversión. La imagen es vibrante y dinámica, pero su importancia ecológica a menudo queda eclipsada por interpretaciones puramente metafóricas.

En muchas tradiciones cristianas, Ezequiel 47 se ha interpretado principalmente como una promesa escatológica futura, una descripción de la era mesiánica en la que Dios habitará plenamente con su pueblo y renovará todas las cosas. Sin embargo, la visión



del profeta también apunta a la sanación en el presente, además de anticipar una restauración cósmica más amplia. El río de la vida representa una renovación que va más allá de la salvación humana para incluir la sanación de la creación misma. Los árboles cuyas hojas son «para sanidad» sugieren no sólo sustento físico, sino también un florecimiento holístico, que abarca tanto a la humanidad como a la creación. Ezequiel 47:1-12 contiene un mensaje medioambiental claro que habla de la sanación global, la renovación y la transformación de la vida, de la interdependencia entre la humanidad y el mundo natural, y de la esperanza a través de la acción en el cuidado de la tierra, nuestra casa común.

3.1 Agua Viva: El agua como vida

La visión de Ezequiel replantea el agua —el elemento más básico de la vida— como un agente divino de renovación, justicia y esperanza, una fuerza vivificante que fluye del santuario de Dios. En la época de Ezequiel, el agua era un símbolo de la presencia y la bendición divinas. Las grandes civilizaciones dependían de ríos caudalosos como el Nilo, así como del Éufrates y el Tigris, que eran dos de los ríos que regaban el Jardín del Edén (cf. Gn 2:10). ¡El agua de los océanos también está repleta de vida!

La visión comienza con un pequeño goteo: gotas de agua que fluyen desde el lugar de oración y sacrificio. De un pequeño arroyo se convierte en un río imparable: la primera maravilla. El río crece a medida que fluye desde el Templo, alimentado por la adoración y las oraciones del pueblo de Dios.

Pero la segunda maravilla es aún mayor. El río no solo sustenta la vida, sino que restaura ecosistemas enteros. El profeta vio *«a orillas del río una gran cantidad de árboles a un lado y al otro... Esta agua fluye hacia la región oriental y desciende hacia el Arabá, y cuando entra en el mar, el mar de aguas estancadas, el agua se vuelve dulce»* (Ezequiel 47:7,8). Al describir cómo el río desemboca en el «mar de aguas estancadas», el profeta se refiere al mar Muerto, uno de los lugares más desprovistos de vida de su región. El agua de este río es tan potente que las aguas saladas se volverán dulces y rebosarán de vida.

3.2 Del sacrificio en el Templo hacia el agua de vida de Dios

La visión de Ezequiel reconfigura de manera decisiva el significado del Templo. En la tradición cultural de Israel, el santuario era el lugar del sacrificio, donde se derramaba sangre —portadora de vida— para la reconciliación. La sangre significaba tanto juicio como misericordia, recordando al pueblo que la vida era costosa y frágil.

Sin embargo, en Ezequiel 47, la imagen dominante ya no es la sangre que fluye hacia el altar, sino el agua que brota del umbral del Templo. La santidad se expresa



principalmente a través de la abundancia generativa. La presencia divina no consume la vida, sino que la libera.

Este cambio de la sangre al agua es significativo tanto desde el punto de vista teológico como ecológico. La sangre pertenece a la lógica de la supervivencia dentro de la ruptura; el agua pertenece a la lógica de la renovación y el florecimiento. Ezequiel no rechaza la teología del sacrificio, sino que la sitúa dentro de un horizonte más amplio. La reconciliación con Dios da como resultado no solo la restauración del culto, sino también la renovación de la tierra, la sanación de los ecosistemas y la vida abundante. Las implicaciones éticas se derivan de forma natural: si la presencia de Dios se manifiesta como agua que da vida, la adoración auténtica no puede limitarse únicamente a la observancia ritual. La fidelidad debe medirse por su impacto en todas las condiciones que sustentan la vida. El cuidado de la creación surge así como consecuencia directa de una relación restaurada con Dios.

La esperanza de renovación y sanación comienza en el lugar de la oración, la adoración y el sacrificio. La pequeña gota de esperanza comienza en nuestras propias vidas, en nuestro arrepentimiento y transformación.

4. Una lectura ecológica de Ezequiel 47:9,12

La afirmación de Ezequiel de que el agua dulce convertirá el agua salada en dulce (Ezequiel 47:8-9) es deliberadamente impactante: menciona algo *ecológicamente imposible* para proclamar algo *teológicamente decisivo*. El profeta no está describiendo un proceso natural, sino anunciando un cambio divino.

El mar Muerto simbolizaba la muerte: sin peces, sin plantas, sin salida, un lugar donde la vida entra y muere. El agua salada representaba la esterilidad y el juicio. Al declarar que el agua dulce *cura* el mar salado, Ezequiel se hace eco de las imágenes del Génesis, donde Dios trae orden y vida a partir de las aguas caóticas.

Esta es una nueva creación. Ezequiel podría haber dicho que el río *pasa por alto* el mar Muerto. En cambio, entra en él. El punto es teológico: la vida divina fluye *hacia* los lugares más muertos y desesperanzados. El verbo hebreo utilizado (רָפָא *rapha'*) significa *sanar, restaurar, hacer completo*. La vida se renueva no a través de la gestión humana, sino a través de la acción divina que interactúa con el mundo creado. El agua salada se vuelve dulce no por la gestión humana, sino por la curación divina. Dios no pasa por alto el lugar de la muerte, sino que entra en él.

Los árboles que dan fruto cada mes representan una forma de vida que ha superado la escasez y las estaciones de carencia. Al igual que la renovación del mar Muerto, esta



imagen es intencionadamente *poco habitual*: simboliza la restauración de la creación, no la mejora de la agricultura.

Los árboles frutales son naturalmente estacionales y vulnerables a la sequía, las plagas, la guerra y la hambruna. Ezequiel está diciendo: en el orden restaurado por Dios, la vida es increíblemente abundante. Los árboles dan fruto «porque el agua fluye del santuario». Su productividad no depende de los patrones de lluvia ni de las condiciones del suelo, sino de la presencia divina continua.

Las imágenes recuerdan deliberadamente al Edén, pero lo superan. El Edén tenía árboles «agradables a la vista y buenos para comer» (Génesis 2:9), mientras que estos árboles futuros tienen doce cosechas al año. No se trata de nostalgia, sino de una restauración amplificada: el Edén ha sido reabierto.

Más tarde, el apóstol Juan se hace eco de Ezequiel, presentando el río y el árbol de la vida como la visión final de la sanación cósmica, ecológica e incluso política (cf. Apocalipsis 22:2).

Nota: Este párrafo, basado en la visión de Ezequiel sobre un río, no pretende restar valor a los océanos y mares, que están formados por agua salada y, sin embargo, también han sido creados como aguas vivas. De hecho, los océanos albergan gran parte de la biodiversidad del planeta (cf. Gn 1:21). Además, los océanos contribuyen a la regulación del clima.

5. El agua entre crisis y esperanza

5.1 La actual crisis del agua

La visión de Ezequiel contrasta fuertemente con la realidad de la crisis hídrica que enfrentamos. Según [Noticias ONU](#), 1700 millones de personas carecen de servicios básicos de higiene en sus hogares y 2100 millones de personas aún no tienen acceso a agua potable, ¡lo que equivale a 1 de cada 4 personas en el mundo!

A medida que se intensifica el cambio climático y aumenta la extracción de aguas subterráneas, varios países están llegando al llamado «punto de bancarrota hídrica» ([enlace](#)), es decir, una situación caracterizada por pérdidas irreversibles del capital hídrico natural.

Aunque el acceso al agua potable es un derecho humano para todos, la crisis multifacética del agua afecta de manera desproporcionada a las comunidades vulnerables, a las generaciones futuras y a la vida no humana que no tiene voz en los sistemas políticos o económicos. Estos son algunos de los numerosos retos:

- El agua se vuelve inasequible para los pobres.



- Impacto en la salud por enfermedades transmitidas por el agua.
- Impacto del vertido industrial de productos químicos y otros contaminantes en los ríos.
- Aumento del consumo de agua impulsado por los centros de datos y la producción de energía que requieren nuestras actividades digitales, incluido el uso de la inteligencia artificial.
- Mala gobernanza y corrupción por parte de empresas y gobiernos.
- Impacto en la seguridad alimentaria de las sequías, inundaciones, tormentas y desertificación.
- Salinización del suelo debido al aumento del nivel del mar o la sobreexplotación de los acuíferos.
- Violencia por la competencia por los escasos suministros de agua.

Todos estos problemas están provocando migraciones, empujando a las personas al exilio, con la pérdida de sus hogares y su cultura.

El impacto sobre los ecosistemas y la biodiversidad es devastador: según el Fondo Mundial para la Naturaleza, nos enfrentamos a una disminución catastrófica de la fauna acuática, con una caída vertiginosa del 85 % en las poblaciones de agua dulce y del 56 % en las poblaciones marinas en los últimos 50 años. ([enlace](#)).

Desde una perspectiva teológica, esta crisis refleja relaciones rotas: entre la humanidad y Dios, dentro de la propia familia humana y entre los seres humanos y otros seres vivos. Además, es de suma importancia destacar que la contaminación del agua tiene implicaciones relacionadas con la justicia social y la equidad.

5.2 Esperanza desde la fe y la acción

La visión de Ezequiel es, en última instancia, una visión de esperanza. Como colaboradores del Creador, la relación de los cristianos con la creación no humana debe basarse en la visión bíblica de la creación como una comunidad de vida interconectada (cf. Gn 9:8-17; Os 2:18; Sal 24:1). Nuestra relación es la de una asociación sagrada y una custodia mutua, más que la de dominación. El papa Francisco describió esto como «una relación de responsabilidad mutua entre los seres humanos y la naturaleza», rechazando el antropocentrismo excesivo o tiránico (*Laudato si'*, 67, 68, 116).

Los cristianos están llamados a enfrentarse a las injusticias mencionadas anteriormente y a rechazar una visión del mundo que trata el agua como un recurso desechable. Por ejemplo, en los últimos 20 años, la Red Ecuémica del Agua ([EWN](#)) del CMI ha promovido la preservación, la gestión responsable y la distribución equitativa del agua para todos, basándose en el entendimiento de que el agua es un don de Dios y que el acceso al agua potable es un derecho humano fundamental.



En todos los continentes, inspirados por nuestra fe, los cristianos están actuando: se están restaurando ríos, se están protegiendo las fuentes de agua de la contaminación y las industrias extractivas, y las tierras áridas están volviendo a ser verdes. Se están excavando pozos y se está suministrando agua a parroquias, pueblos y centros de salud.

6. Inmersión en agua viva: arrepentimiento y sanación

Las Escrituras asocian repetidamente el agua con la sanación y la renovación divinas: Naamán sumergiéndose en el río Jordán (cf. 2 Reyes 5) y la curación de la persona con discapacidad que esperaba junto al estanque (cf. Juan 5). El propio Ezequiel se sumerge progresivamente más profundo en el río, haciendo eco de la imaginería bautismal y simbolizando la transformación.

Entrar en el río nos recuerda el bautismo. En la Iglesia primitiva, a menudo se utilizaban grandes fuentes bautismales para la inmersión, a las que se accedía por escalones, lo que reflejaba la progresividad de la visión de Ezequiel (Ez 47:3-6).

Anteriormente, en el libro de Ezequiel, Dios promete purificación, un corazón nuevo y un espíritu nuevo precisamente a través del agua (Ezequiel 36:25-27). Nos recuerda el agua y la sangre que brotaron del costado de Jesús para sanar (Juan 19:34). Como creyentes, se nos promete que si recibimos y aceptamos el agua del Templo, es decir, la curación de Dios, entonces «ríos de agua viva» también brotarán de nuestros corazones (o vientres, como dice el griego) (Juan 7:38). A medida que somos sanados y renovados, el agua viva también brotará de nosotros para la curación de los demás y de la creación.

Símbolo del Tiempo de la Creación 2026



Agua Viva

Tiempo de la Creación 2026

INMERSIÓN EN EL AGUA VIVA

Ezequiel 47:9, 12



Nuestro símbolo para 2026, «Inmersión en el Agua Viva», es un símbolo de renovación y nacimiento: el agua que fluye del Templo como señal del cuidado y la sanación de Dios para todos nosotros. Estamos llamados a adentrarnos en el agua, hasta que estemos tan sumergidos que tengamos que depender de la gracia de Dios para sostenernos. Aquellos que reciben esta agua están invitados a convertirse en fuentes de vida para los demás, permitiendo que el amor de Dios fluya a través de ellos hacia el mundo. Y así, el agua de Dios se convertirá en nosotros en «una fuente de agua que brota para la vida eterna», como prometió Jesús (Juan 4:14).

El Símbolo invita a los cristianos a una inmersión espiritual: rezar juntos mientras contemplan el agua de los ríos, manantiales, fuentes, pilas bautismales, lagos y mares, inspirados por el Espíritu de Dios, trabajando juntos por la renovación de la Creación.

Este símbolo también nos exhorta a sumergirnos en los «suspiros» de la creación (Romanos 8:22-23), permitiendo que nuestros corazones se conmuevan por el sufrimiento de nuestros hermanos y hermanas. De hecho, el Tiempo de la Creación es también un momento propicio para la cercanía fraterna y la solidaridad con los vulnerables y los pobres, principalmente aquellos que sufren la degradación medioambiental. Podemos aprender de sus historias, de su resiliencia, de su compromiso, y juntos mantener viva la esperanza.

Puedes acceder al símbolo [aquí](#).

7. Llamada a la acción

Nuestro Padre nos llama a aceptar su amor (1 Juan 4:19). Acoger ese amor como hijas e hijos, mediante una conversión continua de la mente y el corazón, es nuestra vocación para toda la vida. Si decidimos adentrarnos en el agua viva verdadera, podemos contribuir a un mundo más justo y vivificante para toda la familia humana, así como para la creación no humana.

Seguridad alimentaria: La profecía de Ezequiel habla de árboles que «dan fruto fresco cada mes» (Ezequiel 47:12). Estamos llamados a moldear e influir en nuestras políticas y prácticas para que todas las personas tengan acceso a alimentos nutritivos y seguros, de modo que los frutos de la biodiversidad se compartan de manera equitativa. Las iglesias también pueden promover proyectos ecológicos que reflejen los valores cristianos en sus propias tierras y/o dotar a sus miembros de las habilidades necesarias para cultivar algunos de sus propios alimentos.



Contaminación del agua: Estamos llamados tanto a abstenernos de contaminar como a denunciar la contaminación nociva, al tiempo que instamos a los gobiernos, las autoridades locales, la industria y la agricultura a actuar de manera responsable y proteger las fuentes de agua.

Agua y saneamiento: Muchos de nuestros hermanos y hermanas aún carecen de acceso regular al agua potable y al saneamiento. Por lo tanto, debemos actuar para que los hogares, las escuelas, los centros de salud y los lugares de culto, incluidas las iglesias y las parroquias, tengan acceso a agua limpia y a un saneamiento adecuado.

Educación ambiental: Los padres, catequistas, clérigos y comunidades religiosas están llamados a fomentar un cuidado integral de la creación —tanto humana como no humana— basándose no solo en conocimientos técnicos, sino también en las relaciones, la ética y la formación espiritual.

Inspiración espiritual desde la Creación: A través de la contemplación del mundo natural creado por Dios (Job 7-12), se nos invita a pasar de la dominación a la humildad, de la explotación al cuidado y de las ganancias a corto plazo al florecimiento a largo plazo. Esta transformación es tanto espiritual como práctica, y requiere un replanteamiento de los valores, los sistemas económicos y las prioridades educativas.

Cultivo de árboles: Muchas iglesias ahora vinculan la plantación de árboles con momentos clave de la fe, como el bautismo, la confirmación y los funerales. Dejemos que el cultivo de árboles se convierta en una parte integral de nuestra vida espiritual. Los árboles absorben la contaminación por carbono, previenen la erosión, reducen las inundaciones, proporcionan alimentos y medicinas, y refrescan los entornos urbanos: realmente traen sanación a las naciones.

Cuidar nuestros océanos —nuestro «pulmón azul»— que se enfrentan a amenazas cada vez mayores debido al vertido de residuos, la sobrepesca, la contaminación y la minería en aguas profundas. La vida y la biodiversidad bajo las olas no deben ser tratadas como algo que, al estar fuera de nuestra vista, no nos incumbe. Que los educadores ayuden a nuestras comunidades a ver y valorar estos mundos marinos. Que los líderes gubernamentales actúen con valentía para proteger los biomas marinos y los medios de vida. Y que elijamos una tutela que mantenga el pulmón azul respirando para las generaciones futuras.

Restauración y protección del ecosistema y la biodiversidad: Estamos llamados a restaurar la tierra en nuestras iglesias, hogares y comunidades. Hay muchas iniciativas en las que podemos participar: tanto el [Consejo Mundial de Iglesias Reformadas](#) como el [Consejo Mundial de Iglesias](#) han declarado una Década de Justicia Climática; existen plataformas en línea como la [Plataforma de Acción Laudato si'](#), [Anglican Communion](#)



[Forest](#) (*El Bosque de la Comunión*) y programas nacionales como Green Church/ [Eglise Verte](#) o [Iglesia Ecológica - Una iniciativa de Rocha International](#).

Superemos nuestro miedo y adentrémonos en las aguas del amor de Dios, para formar parte del Río de la Transformación del mundo, para ver la curación y la renovación real de la creación y la bendición de la Tierra.